

Volpe, Socorso y Ferneti, Gustavo: “El Baño de Mandinga (Rosario, Santa Fe, Argentina, 1910): Arqueología de una tierra de nadie”; en *REA*, N° XXIV, 2018; Escuela de Antropología – FHUMYAR – UNR; pp. 1-18.

El Baño de Mandinga

(Rosario, Santa Fe, Argentina, 1910):

Arqueología de una tierra de nadie.

Socorso Volpe

Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario
Argentina
ninosoccorso@yahoo.com.ar

Gustavo Ferneti

Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario
Argentina

Resumen

Rosario, en su expansión de finales del siglo XIX, generó espacios que permanecieron como relictos hasta hoy. Las poblaciones residentes eran marginadas, a la espera del trabajo o de la basura que les permitía sobrevivir: la prensa de la época solía ser sarcástica con respecto a estos grupos, considerados un obstáculo para la civilización.

Una de estas crónicas posibilitó acercarse a uno de esos lugares “insalubres”: el Baño de Mandinga. Articulando historia y arqueología, el objetivo de este trabajo fue iniciar una serie de estudios sobre las poblaciones que la historia de Rosario por lo general ha ignorado.

Palabras clave

arqueología urbana, Rosario, inmigración

The “Baño de Mandinga” (Rosario, Santa Fe, Argentina, 1910): A no-man’s land archaeology

Abstract

Rosario, in its expansion of late nineteenth century, generated spaces that remained as relics until today. Populations were marginalized, waiting for work or garbage that allowed them to survive: the press of the time was sarcastic about those groups, considered an obstacle to civilization.

One of these chronicles made it possible to approach one of those "unhealthy" places: El Baño de Mandinga (The Devil’s Bath). Arranging history, archeology, history and anthropology, the aim of this work was to initiate a series of studies on people that the history of Rosario has generally ignored.

Keywords

urban archaeology, Rosario, immigration

*

Introducción

La última mitad del siglo XIX alteró profundamente la demografía argentina y en particular, la rosarina. La introducción del capitalismo dependiente y la consiguiente llegada de contingentes migratorios europeos modificó la manera de vivir en un territorio casi rural.

La urbanización municipal mediante “planos idealizados” (Cicutti 2010) la especulación inmobiliaria y el ferrocarril, como infraestructura necesaria para los procesos económicos capitalistas del momento, construyeron una ciudad real y paralela a

la diseñada desde los planos de las oficinas municipales. Predios estatales o con propietarios ausentes, terrenos a la espera de su venta y espacios sin otro uso que el permitir el tránsito de los trenes (Ferneti 2015) formaron un territorio que fue utilizado para tres acciones humanas frecuentes y que todavía hoy perduran: habitar esos espacios *non aedificandi* de modo emergente, arrojar la basura producida por la ciudad y vivir del procesamiento de esos desperdicios.

En espacios de ese tipo se construyeron, a fines del siglo XIX, viviendas emergentes destinadas a albergar mano de obra destinada al ferrocarril o las fábricas. En espacios como La Basurita se formaron comunidades que seleccionaban y vendían la basura; en La Tablada se formaron grupos dedicados trabajo de faenamiento en el Matadero Municipal y también de la venta de desperdicios y; en la zona norte, el Barrio de las Latas formaba una comunidad dependiente de la oferta de trabajo de la zona industrial-portuaria, en crecimiento constante a fines del siglo XIX.

El lugar analizado aquí estuvo ubicado al norte de Rosario, al borde de la antigua traza Rosario-Córdoba del Ferrocarril Central Argentino y la actual avenida Alberdi, era propiedad de Pereyra, Bartolo, Macera y otros dueños, paulatinamente los terrenos se fueron adquiriendo por el FCCA y su posesión completa es de c. 1900. Un espacio “idealmente despoblado” que abarcaba tres hectáreas y con la función, desde los años 20, de constituirse como playón de maniobras. Hasta la actualidad, con varias modificaciones, cumplió con esas actividades ferroviarias.

En ese sector urbano – llamado Cruce Alberdi – existía un espacio semi-rural, poblado por un grupo a la espera del trabajo y de la basura. La población del lugar fue descrita por un periodista, cuya crónica en una revista de 1910 ha llegado hasta estos días y sirvió para ubicar el sitio. Los restos materiales de esas actividades “no formales” aún estaban en el lugar, ya deshabitado.

El objetivo de este trabajo, incluido en un proyecto más amplio de investigación¹, es realizar, en base a una articulación entre documento histórico, arqueología y antropología, analizar un caso poco estudiado: las poblaciones emergentes en el Rosario inmigratorio de entre siglos.

¹ Concesión de área para el proyecto “Área Ferroindustrial N°1 – Los Barrios Obreros” adjudicada por Resolución 526/2017 del Ministerio de Cultura e Innovación de la Provincia de Santa Fe.

La crónica: el demonio, vidalitas y óperas

En una crónica de la revista Monos y Monadas, un periodista relata:

En el Barrio de La Latas: ¿Necesitan hacer un paseo para estirar las piernas en una de estas hermosas tardes otoñales? Voy a señalares un rumbo, aunque los higienistas pondrán el grito en el cielo: vayan al barrio de las latas y de los microbios. ¿Dónde está? Aquí cerquita, a la vuelta: por la calle Salta hasta la Avenida Caseros y por esta hasta los Talleres; atrás el famoso barrio. Hay preciosos chalets, palacetes art nouveau todo construido sin economía de ninguna especie: la lata abunda por doquier; pero los habitantes so como esfinges, no hablan. Entre por la gran avenida que bordea la línea del ferrocarril; es la más aristocrática, donde bien los magnates del pago. La lata aquí desaparece bajo la pintura, o al óleo si grisácea, es un tono de gran tono (sic) de la sociedad latera. Algunas tienen decoraciones que dejan chiquito a Paris de chavannes. Recuerdo una: puros crisantemos rojos sobre el fondo grisáceo. Eso no es todo, los modernistas habitantes del barrio tienen un almacén “Sucursal del Cometa”. El dueño, hombre práctico, la noche que nos visitó Halley obsequió a los clientes con un “guindao” de aquellos que no se empanan, después hubo jarana y baile, hasta que paso el susto del anunciado choque que hubo de haber habido. La calle Córdoba del barrio de las latas, remata en una plaza de media manzana, donde los lateritos hasta los seis años, van a respirar el aire microbiano. E los adornos de esta plaza no debe haber intervenido Carlos Navarro: los” parterres “están distribuidos con artística irregularidad y formados por montones de basuras como que los caballeros de Fayó, no han visitado el pago nunca. Un dato: tampoco hasta allá llegan los cobradores municipales ¡Felices lateros! Piensan construir una sociedad de fomento del barrio como medida previa pedir a Mr. Bouvard un proyecto de embellecimiento de sus calles y una fuente a Lola Mora para la plaza. Hasta el barrio no llegan diarios de lo que se muestran muy satisfechos pues opinan que la ropa sucia se debe lavarse en familia... En el baño de Mandinga. ¿Qué es el baño de Mandinga? La curiosidad prehistórica del pago. Ud., lector profano, verá una pequeña laguna de diez metros de largo por cuatro de ancho y dos de profundidad... pero las viejas los chicos, le aseguran que todas las noches de invierno, en cuanto dan las doce, no en el campanario de la villa, pero en cualquier despertador de la vecindad, llega Mandinga, rengueando, mohíno, dando gritos guturales y se zambulle. Durante un cuarto de hora no se le ve, pero el agua hierve que es un gusto y alza las olas dos metros de alto. No garantizo nada, repito las palabras de las vecinas. Luego, Mandinga reaparece completamente seco, altivo, gallardo y se va cantando la

“donna é movile” según unas y “vidalitas” según otras. La tradición o mejor dicho las viejas agregan que el agua de esta laguna es maldita, pues cualquiera que se ha atrevido a tocarla ha sido atraído por una fuerza misteriosa y ha desaparecido, sin que jamás se haya encontrado su cuerpo. ¿Haga la prueba, señor? Un temor vago me invadió y preferí creer la versión a tocar esa agua sucia. Aunque no por falta de pago los lateros tienen a menudo que cambiar de palacio; causas las goteras o el aumento de familia. Hasta allá no llegan los expresos de mudanzas, ni siquiera los portugueses y entonces se recurre a las mujeres. Estas se transforman en chatas, se cargan de todos los utensilios y a la nueva vivienda, previamente desinfectada. No se pagan los vidrios rotos, ni las llaves que faltan; que tales artículos no se usan y eso que no hay chafles hasta las diez cuadras (Revista Monos y Monadas nº 3. 26 Junio, 1910)

Resultó interesante que el cronista recopilara los discursos y afirmara la veracidad de la nota: adjudica a “*la tradición, o mejor dicho las viejas*” la leyenda de *Mandinga*, que llega en malas condiciones físicas, según la tradición luego del combate con la Virgen (Papini 1968; Flores Arroyuelo 1985). Pero al introducirse en la laguna, rejuvenece y “*reaparece, completamente seco, altivo y gallardo, y se va cantando la donna é mobile según unas y vidalitas según otras (...)*”.

El nombre de *Mandinga* está vinculado a las poblaciones afrodescendientes y ya en el siglo XIX, a los ámbitos populares rurales y criollos (Hernández 2013). En la crónica, el periodista no mencionó al diablo, Lucifer, Luzbel, El Maligno, Satanás o el demonio, todos apelativos europeos, sino el nombre que recogió del lugar fue *Mandinga*, cuyas acciones se corresponden a los ámbitos norteños, sobre todo a la *Salamanca*² (Hernández op. cit.).

El sector fue desalojado hacia 1910, y la revista tuvo quizás el mérito de señalar un grupo en una tierra de nadie o sea en futuras tierras del ferrocarril, nadie debía vivir allí, “*en el barrio de las latas y los microbios*” (Monos y Monadas, op. cit.). Pero ese indicio histórico – la crónica – fue el punto de partida para investigar el sitio donde estuvo el *Baño de Mandinga* y verificar los restos arqueológicos que, según el cronista, la población pudo haber dejado luego de más de cien años de desaparecida.

El sitio arqueológico

² Cueva que existe en varios países como Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. El origen de la palabra es europeo (ciudad de Salamanca) y define un lugar habitado por el diablo (Hernández 2013).

El lugar del *Baño de Mandinga* (Figura 1) está edáficamente alterado y muy antropizado, mediante tramos de vías nuevas, extensas estabilizaciones del suelo con agregados de material ferroso, carbón y piedra granítica. Pero sobre todo hay una presencia de restos calcáreos. La documentación histórica (escasos documentos, pero se logró determinarlo por estar en planos) precisó que en el sitio existió una fábrica de cal, las Caleras Rosarinas S.A.



Figura 1- Panorama general del sitio. 1- Ubicación probable del Baño de Mandinga. 2- Bar El Cometa. 3- Viviendas. 4- Caleras Rosarinas. 5- Parquización (La Montañita). Los círculos claros se corresponden esquemáticamente a los hallazgos de la recolección superficial.

La recolección superficial dio por resultado un aparente desperdigamiento de material cerámico, vítreo, ferroso y de hueso, pero al ser georreferenciado, fue consistente con una acumulación semicircular, con escasa concentración en un espacio central. Otra concentración resultó visible en una acumulación de tierra artificial, llamada por vecinos “la montañita”, resultado de una parquización de 2004, cuando se empujaron grandes masas de suelo formando un montículo, en una especie de depresión lista para recibir agua, pero sin ser rellanada con agua. Otro montículo lateral funge como una especie de mirador hacia el supuesto parque, al que se le añadieron bancos.

La flora del sitio es propia de las áreas salitrosas, como la cortadera (*Cortaderia selloana*) y el pasto salado (*Distichlis spicata*). Abundan los teros (*Vanellus chilensis*) y palomas comunes (*Columbia livia*).

Dentro del material histórico analizado, pudieron hallarse una serie de fotografías aéreas de c. 1930-40, o sea 20-30 años posteriores al artículo de Monos y Monadas. En la fotografía (Figura 2) pueden observarse huellas del *Baño de Mandinga*, más claras que el manto vegetal, debido a suelos *loess* impermeables y probablemente salitrosos o calcáreos. Las fotos mostraron que la pequeña laguna estaba más hacia el oeste que la parquización de 2004, abarcando el espacio de los actuales silos de la empresa Minetti construidos en la década de 1970.

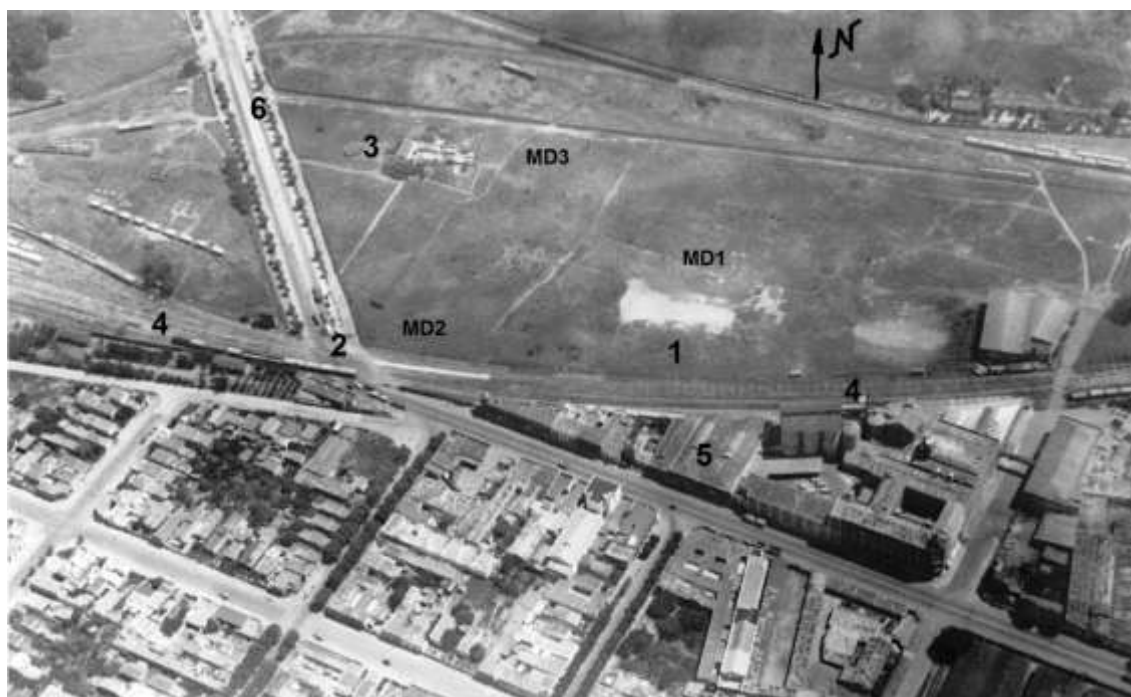


Figura 2- Foto aérea del sitio baño de Mandinga, 1930-40. 1- Remanentes del Baño. 2- Cruce Alberdi. 3- Viviendas. 4- Vías del FCCA. 5- Fábrica de pastas Minetti. 6-Avenida Alberdi.

Esta serie de alteraciones, sin embargo, no pareció redistribuir el material de manera de eliminar la “huella de basura” que la laguna podría haber definido, con concentraciones en los bordes y escaso material en lo que actualmente es una precaria cancha de fútbol. A pesar de lo alterado del suelo, el material se halló en forma de medialuna extendida, de manera que el centro profundo de la laguna, menos accesible a los carros de desperdicios, quedó desprovisto de material arqueológico.

A los fines de referenciar mejor el material recolectado superficialmente, el sitio MD (Mandinga) se dividió en MD1 (montículo), MD2 (Cruce Alberdi) y MD3 (Norte), debido a que presentaba diferentes conformaciones actuales, motivado por la construcción de calles y la mencionada parquización.

El material recolectado en los tres sub sitios fue sobre todo cerámico, en gran parte cerámica domestica europea, vidrio de vasos y botellas, material ferroviario y de construcción, trozos calcinados de cal, ladrillos refractarios de medidas anómalas respecto a los de la época de la crónica (estandarizados en 27x12x5) y hulla. La recolección superficial no fue exhaustiva, pero evidenció material antiguo muy mezclado con otros más modernos e incluso actuales (Figura 3).



Figura 3. Parte del registro hallado. 1- Cerámica roja de pisos, “St. Henry Marseille” y de fabricación local c. 1890; 2- Ollas y botijos; 3- Cerámica importada transferware y handpainted c. 1890; 4- Loza tipo Wheat. C.1900 5- Fragmento de revestimiento (mayólica, c. 1900); 6- Botellas de cerveza” Magdelin” c. 1878; 7- Picos de botella de vino “tapered collar” c. 1890; 8- Argolla de lazo; 9- Vaso para licor de cristal de Bohemia (violeta)

Se intentó clasificar los materiales por la época de la redacción de la crónica, obteniéndose un resultado provisional, aunque revelador, a los efectos de este trabajo. No se hallaron objetos completos.

La cerámica doméstica europea resulto preponderante con su homóloga criolla y la cantidad de vasos y botellas, consistente con la cantidad de bares del sector, uno de estos establecimientos fue mencionado en la crónica, el bar El Cometa.

La cerámica criolla, si bien cuantitativamente poco relevante, contrasta con la europea en tanto tiene una presencia de la que carecen otros sitios relevados por los autores. Solamente en el sitio La Basurita (1870-1900) pudieron hallarse cantidades significativas de cerámica de este tipo.



Figura 4- Copas o vasos de cerámica roja sin esmaltar.

Estas cerámicas fueron de pequeñas tinajas esmaltadas, para contener productos oleosos (aceitunas, aceite), otras de cerámica porosa o “utilitaria” (botijos) y en particular fueron interesantes dos copas o vasos de este tipo de cerámica roja, sin esmaltar y hechas a torno y cuyas bases resultaron planas (Figura 4). También se halló un fragmento de pipa de caolín, asociado a clases marginales como quemeros o marineros (Volpe 1998).

Dentro de la cerámica europea, tuvo mucha preponderancia la decorada de baja calidad, ya que no se hallaron porcelanas o cerámicas esmaltadas o vitrificadas, sino *ironstone china* estándar, con motivos a veces sencillos (*stenciled, stamped, sponged, spattered*) que indicaban un bajo precio. Fueron también significativas las cerámicas de tipo Wheat (Ceres) de muy baja calidad, apareciendo craqueladas e infiltradas por el óxido férrico del suelo antropizado. También fueron recolectados fragmentos de plato de uso ferroviario del FCCA, bandeados en color verde (*rimmed*).

El vidrio, sobre todo de botellas y vasos, se correspondió mayormente a botellas de vino de color verde oscuro y negro (verde Oliva G262, cif. Ortiz Castro 2009) y probablemente de agua mineral, de vidrio transparente. Los picos de las botellas son de tipo tapered, *tooled, string y bead*, de molde y origen europeo. También se hallaron fragmentos de botellas de ginebra, un fragmento de botella de *Hesperidina* de c. 1900 y otro de botella de cerámica de cerveza Magdelín, con certeza anterior a 1880 (c.1878).

Respecto a las marcas, varios fondos de botellas presentaban marcas “CC” o sea de Cristalerías de Cuyo, de cerca de 1900. También se hallaron marcas de capacidad en centímetros cúbicos de frascos, “250” o “300”, probablemente de farmacia o usados para guardar conservas. Los vasos fueron mayormente de vidrio transparente, pero también morado (Morado 270, cif. Ortiz Castro op. cit.) y fragmentos del a veces denominado “cristal de Bohemia” o “*amethyst glass*”, aunque se trata de vidrio común con añadido de cobalto y óxido de hierro.

En conjunto, se puede hipotetizar que la cerámica y el vidrio al menos, se correspondieron con consumos populares, consistente con grupos de bajo poder adquisitivo, ya que los fragmentos son de cerámicas habituales en bazares o ferreterías de la época, sea para uso hogareño o en los bares del lugar. Pero sobre todo se observó para los fragmentos una división importante entre fabricación local y europea.

El patrón de asentamiento

Las escasas fotografías de la época, algunas insertas en la revista mencionada, dejan ver construcciones precarias contrastando con la del Bar El Cometa, evidentemente de mampostería de ladrillos. Los restos de este material cerámico son escasos, y consistieron en piezas sueltas, de medidas variadas. Si bien no se realizaron al momento excavaciones sistemáticas, se hallaron vestigios de viviendas de piso de ladrillo, éstos de medidas anómalas para la época. Estos pisos, colocados a 45°, estaban dispuestos en dos capas, una forma insólita para los sistemas constructivos de 1910, por lo general de contrapisos de cascotes y cal, sobre los que se colocaban baldosas de cementos coloreados (mal llamadas “calcáreas”) de las cuales se hallaron algunos fragmentos dispersos.

Esta disposición permitió rastrear que las viviendas de la zona se dispusieron de modo separado, con espacios entre ellas. Los restos parecen confirmar ese patrón, que formaba un conjunto de casas-habitación con patios o espacios libres, sin un orden norte-sur, probablemente con árboles para sombra o de tipo “público”. Este patrón se contrapone al de la ciudad urbanizada, con medianeras y espacios públicos ortogonales, perfectamente definidos incluso materialmente (calles, plazas y parques).

Las fotografías antes mencionadas dejaron ver al oeste de la laguna una antigua construcción, aún en pie, que formaba parte de un conjunto de otras irregulares ya desaparecidas, que pueden verse en una fotografía del archivo del Diario la Capital, de aproximadamente 1900.

Las Caleras Rosarinas S.A.

Además de las viviendas, poco visibles en las fotografías, en los documentos históricos pudo accederse a un plano de 1899 y otro de 1900, en los cuales figuraba una empresa de fabricación de cal, las Caleras Rosarinas S.A.

Las fotografías de la época mostraban una gran chimenea (Figura 5) comparable a las de los talleres Centrales y la fábrica de cerveza Schlau. Esta chimenea era necesaria para eliminar el gas (CO₂) del quemado de la piedra calcárea (carbonato de calcio, CaCO₃). Este mineral provenía de Córdoba y era procesada en un horno que, según el plano de 1899, poseía una forma anular con un espacio central. La cal así obtenida –cal viva, CaO– podía venderse en ese estado, o bien apagada al agregarle agua y obtener cal hidratada

(hidróxido de calcio, Ca(OH)_2) de mayor precio. Para obtener cal apagada debieron necesitarse grandes cantidades de agua, por lo que la laguna bien podría haberse usado para ese proceso, aunque no existen pruebas de ese empleo.

Si bien no se ha profundizado sobre este emprendimiento, arqueológicamente pudieron hallarse abundantes trozos de cal quemada, obviamente ya hidratada por la intemperie. Restos de hulla también se encontraron dispersos, aunque pudieron provenir de un uso ferroviario. Resultaron importantes en el registro frecuentes ladrillos especiales, de tipo briqueta, de leve curvatura y que en dos caras presentan tres orificios apenas marcados en la pasta. Probablemente estos mampuestos provengan de la chimenea principal, hoy demolida. Otros ladrillos refractarios y de grandes dimensiones completan el panorama arqueológico que podría corresponderse a esta empresa.



Figura 5- Fotografía del Diario La Capital del Cruce Alberdi. Puede verse la chimenea de las Caleras Rosarinas y un niño probablemente afrodescendiente. Obsérvense las viviendas detrás de la locomotora. Gentileza Joaquín Castellanos, Archivo Diario La Capital

El paisaje cultural

Luego de haber descripto someramente el sitio, se consideró que éste formaba un auténtico paisaje cultural. Para Lefevre (En: Acuto, 2014) el espacio está construido y así, existen tres ejes como conceptualizaciones para su análisis: las prácticas espaciales, o sea las actividades que se desarrollan en el paisaje; las *representaciones del espacio* o sea como conciben lo espacial los grupos que lo habitan y el espacio *de representación* o sea el espacio *vivido*.

Paisaje Cultural e Identidad Urbana

El patrimonio es el producto de un trabajo de la memoria, del recuerdo, (y de los olvidos) que con el correr del tiempo según variados criterios de selección (vivenciales y subjetivos) de ciertos elementos heredados del pasado (supuestos subyacentes) los incluimos dentro de determinadas categorías y clasificaciones de objetos patrimoniales, categorías que por otra parte la misma comunidad las construye y que funcionan como una estructura ideológica de la memoria. (Procesos de significación y valorización) Ese legado (Patrimonio Cultural) no se encuentra en un lugar vacío o virtual, sino que está estrechamente ligado a su territorio. Surge así el concepto de Paisaje Cultural, que está constituido por la morfología del territorio y el movimiento (procesos vitales, accionar humano) sobre tal territorio. Las generaciones que nos precedieron y su producción indican la dinámica de dicho paisaje (Volpe, 2007; Gorfer, 1983).

En este sentido, el cronista observa con extrañeza y finalmente, con sorna estas *representaciones* de un grupo -ajeno a su propio grupo social- que *vive en y del espacio*. El basural – o sea la no-higiene, para el cronista – es para los grupos que habitan los bordes del *Baño de Mandinga* un ámbito mágico, donde las fuerzas del diablo, que canta vidalitas y óperas, se recuperan luego de ser derrotado por la Virgen.

Las representaciones espaciales divergen: para el cronista, que escribe para las incipientes clases medias el lugar es una amenaza material, para los pobladores es una amenaza espiritual. Sin embargo, lo arqueológico asevera habitación más o menos permanente, actividades cotidianas, socialización. La convivencia con esa amenaza,

Mandinga, el agua hirviendo, la posibilidad de desaparecer para siempre, no impide que el grupo se aleje del lugar, antes bien, la arqueología muestra una permanencia.

¿Cómo articular esa amenaza espiritual con el habitar, si no es por la producción del espacio mismo, en base a lo que se ha construido culturalmente antes? La aparición de *Mandinga* en un lugar de viviendas de construcción diferente a las barriales, el consumo de ciertos objetos europeos y no europeos, la mención de la *vidalitas* criolla y la *Donna é Mobile* italiana configuran un paisaje cultural (y un demonio) de mixtura, contacto e interculturalidad. Por lo general, suele adjudicarse al conventillo esa particularidad de ámbito donde se generó el conocido (y refutado) “crisol de razas” (Falcon 2005), este caso resulta homólogo en ese sentido.

El espacio del *Baño de Mandinga* en 1910 – como hoy – era un lugar semi-rural, con una fauna autóctona propia de ámbitos lacustres: la total oscuridad del pajonal, el ruido de grillos y ranas, el vapor de la cal, la lejanía de la ciudad, la dispersión de las casas, la vida regulada por el campo y a la vez, por la basura urbana, debió constituir un espacio mágico pero no-rosarino, que el cronista denuncia para su regularización a los estándares urbanos pidiendo limpieza, orden y sobre todo pedir ausencia de naturaleza y reflejar la ajenidad de los que “*son como esfinges, no hablan*” (Monos y Monadas, op.cit). Son otros, los migrantes, los extraños.

Considerado el paisaje no como un telón de fondo sino como campo de encuentro y conflicto ideológico sobre el cual reflexionar (Acuto 2013:44), los fragmentos de la humilde vajilla hallada evidenció dos culturas o al menos, dos historias superpuestas: la de lo criollo-local, alterado por lo europeo que está llegando desde 1870; una coexistencia de lo fabricado aquí y lo importado; la ciudad que crece y lo rural fugando hacia los bordes, en una ciudad todavía dispersa (Parussini 2012) pero a la vez formándose como tal: la ciudad civilizada, opuesta a la naturaleza³.

Este paisaje, misterioso e insalubre, digno de respeto y de burla, paradójicamente se vio digno de ser descripto: presentaba el valor de la extrañeza y la antigüedad, era “*la curiosidad prehistórica del pago*”, era anterior a la historia misma de la ciudad todavía sin una historia común de afirmaciones y negaciones. Durante la investigación y entrevistados algunos vecinos⁴, reaccionaron con extrañeza ante posibles grupos

³ En el vecino Barrios Inglés puede observarse todavía un espantavacas, reja ferroviaria que evitaba al ganado invadir el barrio.

emergentes en el lugar, apareciendo de inmediato la comparación con las villas miseria. Otra reacción fue referir al ferrocarril, al fútbol ocasional y hasta al circo, habitual en el predio, en anécdotas risueñas y amables. La posibilidad de que un barrio marginal (una villa) apareciera en un sistema de clases medias ex-proletarias (“*de laborantes*”, “*de gringos*”, “*venían todos de allá*”) fue negada incluso con sospecha (“-¿*Estás seguro?*” “-*Pero si eso tierra de nadie...*”). Tierra de Nadie: la memoria del “agua maldita” del “Monos y Monadas” desapareció, como hubiese deseado el cronista.

Conclusión: documento, arqueología y antropología

¿La arqueología puede evidenciar/explicar esos conflictos, que ya no se leen como en 1910? La ciudad construyó, en su dinámica capitalista, un inmenso suelo arqueológico, un *site-city* produciendo y descartando materiales constantemente (Cressey y Stephen 1982). La función “tradicional” de la arqueología –registrar los cambios de sistemas culturales estacionarios (Chang 1983)- se vuelve inviable en un sistema estacionario que funciona precisamente, en el cambio permanente. A diferencia de las culturas “primitivas” objeto de la arqueología “tradicional”, en las ciudades capitalistas los objetos cambian, pero el sistema permanece estacionario, en múltiples representaciones excluyentes de los otros. O sea, definir a los demás (y a uno mismo, al propio grupo) en base a lo que se consume: mercancías o basura.

Articulando con la historia y la etnografía, la arqueología podría evidenciar las continuidades, los ocultamientos, las negaciones, los conflictos, los olvidos, las lecturas hegemónicas sobre el pasado, proyectadas al presente (Chang 1983, Traba y Zuccarelli 2014). Borrando los límites académicos entre disciplinas que tratan (todas) sobre lo humano y asumiendo una continuidad pasado-presente constituirse en una *arqueoantropología en una tierra de nadie*.

Los periodistas, con el tiempo, quizás hayan sido más pudorosos ante las miserias ajenas. Pero las poblaciones marginadas/marginales siguieron existiendo, con sus otros *Mandingas*, hasta el día hoy.

Referencias Bibliográficas

ACUTO, F. (2013) “¿Demasiados Paisajes? Múltiples teorías o múltiples subjetividades”. En: Anuario de Arqueología N°5. Rosario: Departamento de Arqueología. Escuela de Antropología. FHyA. UNR. Inc. Pp.31-50.

ADAMS, J. (1971) *Bottle Collecting in America. A guide to digging, identification, and pricing*. New Hampshire Publishing Company, Somersworth, New Hampshire. Pp. 51-52.

ARMUS, D. y J. HARDOY (2014) “Vivienda popular y crecimiento urbano en el Rosario del novecientos”. En: Revista EURE - Revista De Estudios Urbano Regionales N°31. Santiago de Chile. Pp. 23-25.

BROOKS, A. (2005) *An Archaeological Guide to British Ceramics in Australia 1788-1901. The Australasian Society for Historical Archaeology and The La Trobe University Archaeology Program*. Pp.33.

CICUTTI, B., B. PONZINI et al. (2010) “Representaciones cartográficas y transformaciones del territorio”. En: III Biental del Coloquio de transformaciones territoriales, Comité académico de desarrollo regional de la Asociación de Universidades del grupo Montevideo (AUGM). Montevideo.

COLASURDO, M. B. (2012). “Análisis del registro arqueológico de dos basureros del siglo XIX de la ciudad de Rosario: primeras aproximaciones”. En: Anuario de Arqueología N°4. Pp. 269-281.

CRESSEY, P. y J. STEPHENS (1982) *The City-Site Approach to Urban Archaeology*. En *Archaeology of Urban America. The Search for Pattern and Process*, editado por R. Dickens Jr. Academic Press, Nueva York. Pp. 41-59.

CHANG, K.C. (1983) *Nuevas perspectivas en arqueología*. Alianza Editorial. Buenos Aires. Pp. 47-50.

DOSZTAL, I. (2014) “El estudio de los bienes de consumo de origen vítreo del sitio arqueológico Casa de la Administración Alexandra Colony, siglos XIX y XX. Santa Fe, Argentina”. En: Cuba Arqueológica | Año VII, núm. 1. Pp. 65-75.

FALCÓN, R. (2005) *La Barcelona argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario, 1870-1912*. Rosario: Laborde Editor. Pp. 44-50.

FERNETTI, G. (2015) “Relevamiento y potencial arqueológico de antiguos basurales en los barrios Refinería y Talleres de Rosario” En: Teoría y Práctica de la Arqueología

Histórica 2015. Centro de Estudios de Arqueología Histórica UNR. Año IV N°4. Verano 2015. Aspha Ediciones. Buenos Aires. Pp. 55-68.

FLORES ARROYUELO, F. J. (1985) *El Diablo en España*. Madrid: Alianza Ed. Pp. 7.

GROSSO, J. L.: 2008. *Indios Muertos, Negros Invisibles: Hegemonía, Identidad y Añoranza*. Encuentro Grupo Editor, Córdoba. Pp. 12.

GORFER A. (1983) Invito alla conoscenza dei paesaggi culturali. Quaderni dell' Trentino .N° 80 SETTEMBRE 1983)

HERNÁNDEZ, G (2013) “Las Salamancas”. En: Testimonios Etnográficos, Historia Oral y Memoria Colectiva. XVII. 1-2 diciembre 2013. Pp.43.

LANGHAMER, A. (2006) *The Legend of Bohemian Glass: A Thousand Years of Glassmaking in the Heart of Europe*. Ed. Tigris. Praga. Pp. 12-13.

ORTIZ CASTRO, C. (2009). “Botellas De Vidrio: Bases para un catálogo arqueológico de Colombia”. Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, CESO, Departamento de Antropología, Ediciones Uniandes.

PAPINI, G. (1968) *El Diablo*. Emece Editora, Buenos Aires. Pp.64-66.

PARUSSINI, A. 2012. “El proceso de suburbanización del cordón oeste Metropolitano de Rosario”. En: Ideas de ciudad. Cuaderno urbano. Espacio, cultura, sociedad - vol. 12 - n° 12. FAPyD. UNR, Rosario.

REVISTA MONOS Y MONADAS (1910) N° 3. 26 de Junio 1910. “El Baño de Mandinga”.

SCHAVELZON, D. (1991). *Arqueología Histórica de Buenos Aires. La Cultura Material Porteña de los Siglos XVIII y XIX*. Corregidor. Buenos Aires.

TRABA, A. y V. ZUCCARELLI (2014) “Arqueología y fuentes históricas. Dialogos interdisciplinarios”. Revista DiaLogos. UNSL- FC Humanas. Vol. 4, N°2, Julio 2014. San Luis. Pp. 121-138.

VOLPE, S. (1988) “Rubros y Ramos. Patrimonio Cultural e Industrial de Rosario (1850-1900)” En: Primeras Jornadas Arqueología Histórica de la Prov. de BsAs. Quilmes.1998.

----- (2007) “Rosario, Rostros y Rastros de la Ciudad, Revista Virtual: suplemento Barrio Agote - N°1 Mayo 2007. Dirección de Educación. Municipalidad de Rosario”.

Disponible en: <https://es.scribd.com/document/35166845/Revista-digital-Rostros-y-Rastros-n01>.

VOLPE, Socorso y FERNETTI, Gustavo – “El baño de Mandinga...”

VOLPE, S. y G. FERNETTI (2017) *"La Laguna de Mandinga. Articulando lo arqueológico y lo antropológico"* en XIV Jornadas Rosarinas de Antropología Socio-Cultural: “Antropología(s) en el contexto sociopolítico actual. Debates y desafíos en clave latinoamericana” [Rosario, 5 y 6 de Octubre de 2017]

Recibido: 15/12/2017

Evaluado: 15/04/2018

Versión final: 18/06/2018

Cita sugerida:

Volpe, S. y G. Ferneti (2018). “El Baño de Mandinga (Rosario, Santa Fe, Argentina, 1910): Arqueología de una tierra de nadie”. En: Revista de la Escuela de Antropología (XXIV), Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. Versión en línea disponible en: <https://revistadeantropologia.unr.edu.ar/index.php/revistadeantropologia/article/view/Volpe.Ferretti>